

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Año II

Nº 2

1961

SOLEDAD EN EL HOMBRE¹

Dr. PEDRO CABA
Madrid, España

"Desde que soy hombre nunca me
he sentido más sociable que estando
en soledad".

CHESTERTON

La soledad de Dios y la del hombre.

Lo UNICO ES SOLO, pero no *está* solo; quien *está solo*, aunque esté poblado por dentro y acompañado por fuera, es el hombre. Ser solo no es *estar solo*; y ello, no meramente porque "ser" nunca coincide con "estar" para la metafísica, sino también porque *estar o caer* en soledad es un modo defectivo de ser. Hay la soledad que *se es*, la que *se tiene* y aquella en que *se está*. El hombre tiene soledad y *está* en ella, pero no *es* soledad. *Ser sólo*, es propio de lo Único, y el hombre, es, nada más, *relativamente único*, es decir, tiene la soledad de lo singular y excluyente: el hombre es singular en cada persona, y como tal singular, es único, pero en *relación* a lo que no lo es. Lo absolutamente Único es lo absolutamente Solo, con la indecible soledad de su plenitud. *Estar solo* implica incompletud e imperfección. Se *está solo* de alguien o *con* alguien. El *estado* de soledad se da siempre con referencia a *alguien* —no a *algo*. Pero hay un *estado* inferior que no es propiamente de soledad, en que se alude a la falta de *algo*; es el *aislamiento* que nos sirve para indicar también que algo *está solo*.

Cabe pues, por extensión, hablar dentro del *estado de soledad*, de un "aislamiento", como estado propio de las cosas rotas de nexos reales o circuidas

¹ Fragmento del libro en preparación *La filosofía presencial del hombre*.

de vacío y de intemperie. Pero ese aislamiento no es propiamente estado de soledad. Tienen de común el "estar solo" y el "estar aislado" que, en ambos hay defecto o falta, pero, en el primer caso, es *falta de alguien*, y en el segundo, *de algo*. El hombre experimenta su soledad frente a los demás hombres. Si no hubiera más hombres ante quienes delinear su soledad, el hombre singular sería único y no *estaría solo*. Pero es que tampoco sería hombre. Y no sería una bestia como decía Aristóteles, sino que sería Dios, porque las bestias no están solas, sino *aisladas*, solas desde fuera y nada más que para quien las ve. El que *es solo*, lo es porque está lleno de sí y lo plenifica todo sorbiéndolo en su Unicidad. Dios, por ser el Fundamento, es lo Único y Absoluto o Desligado. Es la Soledad. Para nosotros está lejos y como "aislado" pero, para El todo está en su ámbito y su presencia. Llena el Universo con su Presencia Única y con su Soledad, porque es Soledad, pero no *está Solo*. Toda criatura *está* en El, pero El *está* con acepción muy distinta, en toda criatura, dejando, a pesar de su presencia, a las cosas *aisladas*; a las *personas*, solas. El hombre, por su unicidad relativa se siente *estar solo* entre la muchedumbre de hombres y de cosas. Se siente ser *con ellos* y *entre ellas*, y estar solo *en el mundo*. Y ese "con", ese "entre" y ese "en", nos dicen ya que el hombre no es soledad, sino que *está solo*.

Soledad, comunidad y comunicación.

El hombre no es un animal que puede *estar solo* o no *estarlo*, sino que su *estado metafísico* permanente y constitutivo es de soledad. Está solo *con los hombres* y a veces *está solo de ellos*, o de algunos de ellos. Hay en el trasfondo de cada uno, un resueno que denuncia comunidad básica y original con todos los hombres, gracias a la presencia del espíritu en todos ellos. Y es esa comunidad radical la que hace posible y exige la comunicación. Pero más acá y más allá de toda comunicación, el hombre está solo. Su soledad está tejida de hebras de comunidad. Su comunidad es solitaria. *Tiene soledad, y tiene comunidad*. Y con ambas, se *sostiene* y se *entretiene* personalmente. Y de su soledad comunitaria, y de su comunidad solitaria urde lo que es previo a toda comunicación; su singularidad personal y su intencionalidad expresiva. Por esta intencionalidad singularísima, llega a la expresión, y por la expresión, a la comunicación que es producto y resultado de actitudes y aptitudes mucho más profundas y genuinas. La expresión nunca se agota en la comunicación; queda mucho expresado que no se comunica. Y viceversa, en toda comunicación queda por lo menos indemne la mismidad, la soledad del que se está comunicando.

Pero además el hombre *está dualmente solo*, que ya es buena paradoja.

Estar solo es *encontrarse* (en-*contra*[r]-se), topar con el "sí mismo" como contrario, como *uno* y como *otro*. Se encuentra a sí mismo siendo *uno* y siendo *otro*, es decir, se encuentra con su dualidad a solas, o *está solo con su dualidad*. Es la soledad de su unidad dual. Por eso el hombre se expresa para sí mismo, y no sólo para los demás. Y por eso, el hombre al pensar, habla consigo mismo, desde la doble ribera de su dualidad. Y por eso, en fin, el pensar humano es "diánoia", diálogo, conversación y conversión; conversación consigo mismo, con el "otro" que integra el "sí mismo" (pasando alternativa e indistintamente el *uno a ser otro*, y el *otro a ser uno*); y conversión en el "sí mismo", en la *unidad* de uno y otro. Es, no dualidad convertible en unidad (como en el caso de las reunidades), sino unidad convertible en dualidad conversable, tomando a su propio yo, bien como *uno*, bien como *otro*. El pensar humano es dialógico, porque el hombre es unidad dual, y soledad conversadora y expresiva. Y por expresiva y conversadora es comunicativa. Por la intencionalidad expresiva, y por la unidad dual de su constitución, el hombre va intencionalmente dirigido, desde la comunión o comunidad, a la comunicación. El hombre, pues, no hala en estado de soledad expresiva y comunicativa. Soledad y comunidad son los dos principios existenciales del hombre. Venimos de una homogeneidad biológica con nuestros padres y ascendientes, y de una comunidad con otros hombres en un pasado que a nosotros, personalmente, *no nos ha pasado* y nos es "pretérito"; y nos encontramos al empezar a existir, en un ámbito de co-presencia humana, que nos imparte su comunión. Pero a medida que avanzamos en nuestra existencia, sobre todo en la medida en que ésta es auténtica y sincera, nos *ensoledamos*, vamos encapsulando un núcleo cada vez más rico de intimidad solitaria, por incompatible. Nuestra autoconciencia se va quedando sola y se va engolosinando consigo misma. No renunciamos a esas formas de comunidad, ni tampoco a nuestra expresión hacia los demás y a nuestra comunicación con ellos, pero cada vez es mayor y más rico ese núcleo de intimidad, que se enriquece de hilar y devanar al huso del propio corazón, aquellas formas de comunidad. En profundidad la autoconciencia siempre está sola, aunque en ella resuenen como en una caracola, voces y mensajes innumerables de otras soledades. Es "el abismo de la propia conciencia" a que se refiere San Agustín (In págs. 76-18) en una ocasión. Dice también en un sermón: "Dentro de la conciencia hay gran soledad, al través de la cual no pasa la mirada de ningún hombre ni siquiera la propia mirada" (Serm. 47-14-23). Llegamos a ser solos con nosotros mismos, pero hallamos nuestra soledad ante y entre otras presencias; somos solos *en nosotros mismos*, y solo *de otros* y solo *con y entre otros*. La soledad en nuestra historia personal es la historia personal de nuestra soledad que vamos labrando sin saberlo del todo. La vamos tran-

zando con nuestras esperanzas, con nuestras ilusiones, nuestros recuerdos y nuestros fracasos y frustraciones, con la historia toda de nuestro existir.

Soledad, intimidad y secreto personal.

Por ese estado de soledad, el hombre se ensimisma, pero también se *altera*, se *otroriza* u *otrifica*, que no sé cómo decirlo para significar lo que quiero. La unidad dual se constituye en "sí mismo", y *en* sí mismo, *entre* sí, y *con*-sigo, el hombre se autentifica y halla su soledad. Y en esa soledad en que se ensimisma, cada persona excava su intimidad, el cuenco o la cueva de su intimidad, porque la logra por ahondamiento, y porque en ella dobla su voz haciéndose eco y diálogo. Por eso, nada más el hombre tiene y es intimidad. Los demás seres no tienen interioridad, aunque puedan tener un "dentro" meramente físico. Intimo es superlativo de interno o interior, y la persona, nada más, es sustantivamente interioridad superlativa, intimidad. Sólo en la intimidad, asomándonos a la de cada persona, podemos conocerla. A las cosas hay que *desacercarlas*, verlas objetivamente y a cierta distancia. A las personas hay que verlas *desalejadas*, prójimas, y además por dentro, en su intimidad entenderlas. Pero además a las cosas hay que verlas en conjunto, en conexiones, para saber bien de ellas. A las personas hay que verlas, en su singularidad, haciéndolas sonar, oyéndolas en su tono, su acento, su sonido personal, haciéndolas *per-sonar*. Lo que las personaliza o singulariza no es lo que las individualiza, como ya sabemos. Se personalizan o singularizan por su sonido, su temple, su estilo, su acento, algo que sólo podemos entender con el vocablo "singularidad" o "irrepetibilidad", que es lo que los distingue y separa existencial y espiritualmente.

Lo que singularidad e irrepetibilidad, es desde fuera, quiere decir, para la intimidad de cada uno, su soledad radical, su ámbito secreto. Si secreto (de "secernere") quiere decir "separado", lo que más separa a los hombres, es su soledad, su persona profunda, su ser secreto y hasta "clandestino". Cada uno es secreto y separado, porque él se distingue y separa, y porque los demás, frente a él, se le separan y distinguen. Y cada soledad personal, es secreta y hasta clandestina, eliminando de esta palabra lo que pueda traernos de grupo humano, de "clan", y quedándonos con lo que dice en su etimología de "clam", a escondidas, algo que se oculta, de la misma raíz de "clamare" y "clarus", lo que es claro y manifiesto. El que "clama" siempre lo hace desde dentro aunque hacia fuera. Desde su soledad íntima el hombre *clama*, *llama*, a los demás. El varón "claro" y el "pre-claro" es el varón *pro-clamado* o afamado. Y no nos extrañe este doble signo de lo clandestino

en la soledad del hombre, porque éste en su comunicación y en su expresión se está re-velando, es decir, a la vez que se oculta se está manifestando. Nadie dice, sin dejar *algo* sin decir, y haciendo a la vez viajar, sin embargo, ese "algo" no dicho en lo que dice. Y nadie se oculta tanto y tan bien que deje totalmente de expresársenos y de decirnos más de lo que quiere. Toda expresión humana no es que sea equívoca, en acepción lógica de ser doble de significaciones, sino que hace esquina de sentidos existenciales, y a la vez que denuncia una soledad incompatible e inaccesible, la está recatando. Y eso es el recato de la mujer: un retraerse hacia lo íntimo a la vez que llama (clama) la atención, desde allí dentro, para ser buscada y conocida la que se recata.

Soledad y compañía.

Por eso la soledad humana, el estado de soledad, es soledad de compañía; bien *soledad de* aquél, cuya compañía nos falta, o bien *soledad con* la compañía que nos sobra, y que, por sobrarnos, por estar demás, nos intensifica el sentimiento de soledad. La compañía como la soledad, por lo tanto, descansa y se forman en y de la comunidad humana. El hombre ensimismado se engolosina con su soledad que es también un engolfarse con la comunidad humana, pues ahondando, excavando en su intimidad, a solas consigo, llega al fondo común donde los demás hombres resuenan en comunidad. El que se halla en soledad *de* otros ya expresa en su misma soledad que ésta se trama por la ausencia de esos otros. Y el que halla su soledad en la compañía, rehuye esa compañía, pero no la comunidad radical con lo humano. El que se ha separado de otros, de la compañía de otros y el que se siente solo de otros, por la ausencia de otros, hilan su soledad en secreto, por separado.

En un caso, el hombre se *queda solo*, porque queda *sin otros*, y es la ausencia de los que se han ido, la que le hace caer o estar en soledad. Pero en el caso del que *está solo con* otros, no es que se *quede solo*, sino que siente su soledad precisamente porque no se *queda solo*. Digo esto para poner un matiz muy importante de claridad en las escasas y orientadoras exploraciones que sobre la soledad nos ha dejado Ortega, quien dice en *El hombre y la gente*, que la soledad del hombre es un "quedarse sin", un "quedarse solo" (página 72). Pero el que se siente solo *con* otro y por la compañía enojosa de ese otro, no solamente no se *queda*, ni tampoco se "queda sin", sino que *está solo*. Y aún hay un "estar solo" que no es ni una "soledad con" ni una "soledad sin", sino un estar a solas consigo, ensimismadamente. La "soledad sin" es punzante y dolorosa, de intemperie y desamparo. Es la típica y genuina soledad de lo feminal, de lo femenino humano, ya que en la mujer

hay una *lateralidad* radical y metafísica, que le hace sentirse lado o flanco de otro ser humano, y por eso, al quedarse "soltera y sola" sin ser costado de otro, un oreo frío y seco de intemperies le reseca el sentido espiritual, salvándose casi siempre, por la orientación hacia otros seres (sobrinos, padres ancianos, cuidado de enfermos, etc.) que la fertilizan en un sentimiento sucedáneo de recuperación de la unidad de la pareja por el amor. Esa "soledad sin" es la soledad de la falta de patrocinios, pero que es experimentado como falla o carencia metafísica en el existir profundo.

La "soledad con" es sofocante y angustiosa, se experimenta como arropamiento, como un quedar enterrado y encerrado, obturado en las vías de acceso y de comunicación hacia los demás. Es la que experimenta el hombre superior ante lo inferior humano que le anega y le sofoca quitándole, o amenazándole quitar su libertad y su singularidad. Y por eso, busca evadirse hacia dentro de sí, hacia esa soledad suya que le da el sentimiento de una fresca y tónica liberación interior. La soledad "ensimismada", o por ensimismamiento, es experimentada como soledad íntima, profunda, y a la vez, libre, abierta; es soledad gozosa, serena, con último pensamiento de serenidad de alturas, sin desolaciones de intemperie ni sofocamiento de multitudes. Tal es el solitario que se mira y se escucha sin excesivos análisis y escarbamientos viciosos, sin inculpaciones, pero sin exculpaciones o inocencias demasiado regaladas o gratuitas. Cuando la soledad ensimismada (que es un estado felicitario) se engolosina y envicia se llega al solipsismo, hasta ese paladeo de sí, que nos hace comunicables. La soledad entonces es un estado pasional que puede llegar a las formas graves del que enferma de tanta soledad ensimismada. La "soledad con" es experimentada como soledad sin aislamiento alguno: más bien deseando ese aislamiento real porque no se tiene...

En cambio, la "soledad sin", en medio de su intemperie y de la total desprotección y apoyo, hace sentirse al *soledado* (no podemos llamarle "solitario") con aislamiento real y fracaso metafísico. Pero el ensimismado, aunque no necesita aislarse para estar a solas consigo, y logra su estado lo mismo en medio de la muchedumbre que en el más caliente y cespado diálogo, anhela ese aislamiento para facilitar el diálogo consigo mismo. En la "soledad sin", al soledado le *quedan* solo. Si a uno le quedan solo y complacido, no le quedan en "soledad sin" sino que le dejan estar solo. En la "soledad con" quiere él *quedarse solo*, y lo logra. En el ensimismamiento, no es que se quede o no solo, es que *está solo* y a solas *consigo*. El meramente "aislado" halla la "soledad sin" o el ensimismamiento; o puede no hallar uno ni otro. El varón como la mujer pueden llegar al ensimismamiento, pero es indudable que siendo la mujer metafísicamente *ser-en-otro* y *para-otro*, su ensimismamiento es casi siempre falso. El varón gusta más de la soledad ensimismada porque

está más tramado de últimas soledades. Muchas veces creemos, que alguien está ensimismado, y en verdad, en toda su evocación está *en otros* y *con otros*. La mujer, sobre todo, cuando está absorta, suele estar con Dios, con el hijo o con el amado. Siempre se *en-sí-misma en otro*. También el santo y el monje y el místico se ensimisman o parecen ensimismados cuando están absortos en Dios o engolfados en oraciones por todos los hombres o por algunos en particular. Así el poeta se ensimisma en las evasiones líricas de su poema germinante, y el artista en las visiones anticipadas de sus criaturas de arte.

Nuestra muerte y nuestra soledad.

El hombre no nace en soledad radical: ha de hacerla. Su soledad es su resumen; a la vez su expiación y su gloria. A medida que el hombre avanza en su existir, como viajero de su propio camino, un camino de que él fue el propio ingeniero, se va encontrando más solo. No solamente porque los demás se nos aparten o se nos vayan, porque han llegado otras generaciones humanas, o porque se nos han muerto nuestros deudos; y no solamente porque nuestros desengaños y fracasos y nuestro frío crepuscular nos vayan aislando del resto humano, sino también porque nuestra soledad es cada vez más honda, más viva, y más nuestra. La soledad, como la libertad, como la felicidad, como el existir todo, hay que labrarla y hacerla propia según la autenticidad de cada uno. Cada cual tiene su soledad, su grado y su estilo de *estar solo*. En unos, es somera y escasa; en otros, rica y honda. Hay quien se queda a solas con Dios, con mucha frecuencia, y quien se queda ensimismado, a solas consigo mismo, haciendo fecunda su solitariedad, y hay quien no sabe ni puede estar a solas con un mínimo rigor de soledad humana. Repito: el hombre no nace con una soledad radical hallada en sí, porque ni siquiera empieza encontrándose a sí mismo; primero halla a los otros hombres: a los padres, a los hermanos, a otros niños. Su soledad ha de hacerla cada uno a medida que va labrando su persona y su autenticidad.

El hombre nace en comunidad, en comunidad biológica con los padres, y en comunidad presencial con todos los hombres. Y desde esa comunidad, se experimenta pre-orientado, dirigido y abierto hacia los demás hombres, con los que ha de contar para hacerse el propio ser o existir. Y con la experiencia de su existir, va labrando su soledad personal. Cada uno, según su autenticidad, su denuedo y su riqueza ganada existencialmente, alcanza un nivel, un grado y un estilo personalísimo de *estar solo*. De la comunidad presencial con los demás, vamos a la comunicación con ellos. Y de la comunicación con los demás, después de haber libado en sus personas, volvemos cargados

de perfumes existenciales a nuestra soledad, que va así formándose de esencias a la vez, comunitarias y solitarias. Quizás yo no entienda bien a Séneca. Pero no me parece profundo casi nunca, como no solía serlo ningún estoico. No me parece profundo esto de Séneca: "Quoties inter homines fuit, minor homo redii". Cada vez que estuve entre los hombres volví menos hombre. Tal vez alude, con orgullo de estoico y de sabio occidental, a que mientras estaba entre hombres, se contagiaba de la inferioridad de éstos, empobreciéndose. Pero si se hubiera acercado a ellos con amor y sabiduría y con sabiduría de amor, al par que hubiera elevado el nivel de esos hombres, él mismo se hubiera enriquecido de comunidad humana, y por tanto, de soledad. Si quiso decir que el contacto de los hombres le cargaba eléctricamente de "pasiones" (que tanto horrorizaban al sabio estoico), es que Séneca se muestra ahí pobre y no profundo; pues ¿para qué la soledad sino para depurarnos? ¿y para qué esa depuración sino para volvernos más honda y acendradamente hombres? Si él volvía menos hombre a su soledad, la culpa no es de los hombres, sino de Séneca mismo, que no sabía perfumar su soledad del aroma presencial de otros hombres. No todos los hombres son aptos para alcanzar el mismo grado de ensimismamiento solitario. Los hay que mueren de inanición y hambre de solidaridad y compañía, y los hay que mueren electrocutados en las tormentas de su propia soledad, y los hay que mueren de intemperie y frío, por no hallar la solidaridad que les falta. Hay quien se aburre en el aislamiento y hay quien se enriquece en el aislamiento porque en él halla acceso a sus soledades más gustosas, íntimas y personales.

El hombre nace desamparado, pero sin soledad. Ha de labrarla. Precisa dar los primeros pasos con auxilio y el apoyo de los otros hombres. Entre ellos y con ellos ha de ir redondeando su propia personalidad, puliéndola como un canto rodado se pule con otros cantos arrastrados por el mismo río. El niño tiene horror, no a la soledad que no conoce hasta muy avanzada la juventud, sino horror al aislamiento. Siente un dulce tropismo hacia la colectividad y las comunidades humanas. Se siente, al principio, un poco *en su madre* como su yo más seguro. El niño, sin los demás, no sería ni hombre, porque no alcanzaría ningún grado humanamente digno de soledad. El niño "mimado" se ahila y quizás se frustra y fenece, por ahincarse enviciado en la comunidad familiar, sin alcanzar las formas más ricas y hondas de la soledad personal. El niño "mimado" no se esfuerza en ser persona sola y aislada. El hombre, hasta que no alcanza la madurez, no acierta a pasear un poco orgullosamente su soledad entre los demás hombres. Ya el adolescente, sobre todo varón, acostumbra a presumir de su personalidad y de su riqueza interior, convencido de que ello es signo de alta calidad humana.

La sorpresa final es que, cuando *al final* de nuestra vida, nos encontramos

arregostados en nuestra soledad, nos encontramos también con nuestro propio y auténtico ser el cual, por ser cada vez menos "siendo", parece haberse ido "solificando". Y nos sorprende ese ser solitario que nos encontramos, porque nos parece que no lo hemos elaborado o construido consciente y voluntariamente. Y la gran sorpresa es que aún así, no pareciéndonos nuestra obra consciente y voluntaria, nos resulta la más auténtica y nuestra. Y esa soledad que es nuestro premio y nuestra penitencia, nos acendra y depura, nos da el decisivo y radical "sí mismo". En esa soledad acabamos, y, a la vez, *acabamos de ser*, y acabamos *por ser*. Esa soledad es la que llevamos a nuestra muerte para rendirla a Dios, en el regreso último.

La vejez quitándonos compañía nos da soledad, nuestra propia soledad. Nos vamos quedando, no aislados, sino solos, cargados penosamente con nuestra propia historia urdiendo la cual hemos labrado nuestra persona solitaria. Decía Tagore que "no revela al hombre su propia historia sino que se hace luchando a través de ella". Pero luchando a través de ella, labra su soledad y en su soledad final halla su principio y en esa soledad de principio y fin, se revela, se expresa como quien es. El viejo sabe de la vida y de la muerte, porque sabe a muerte y sabe a vida, en esquina final de soledad. A medida que avanzamos en la vejez nos sentimos más irrevocables en nuestro destino. Nuestras líneas existenciales están ya trazadas y casi terminadas, y no son desviables, ni rompibles, ni flexibles, como las aristas rígidas de nuestro carácter, cada vez más invariable y mineral. Es la soledad que nos solidifica y no la vejez que nos ensoleda. Todos nos notan ya terminados de ser, con un ser poco plástico, y rehuyen el diálogo con nosotros porque nos ven escasamente moldeables. Y nosotros mismos no deseamos ese diálogo, porque ya no necesitamos a los demás para labrar nuestro ser. Y reculamos hacia nuestra soledad engolosinados, sin saberlo, por la muerte que nos mira y hechiza. Y en esa soledad última, sentimos de nuevo la llamada, pero no la llamada primera y existencial, la llamada a ser quien debemos ser, sino la llamada a morir o responder de lo que hemos cumplido respecto de la llamada primera. Y ahora ante lo irrevocable, cargados de un pasado que se nos queja y nos duele, nos llega el frío de lo eterno que nos espera, con serenidad y sin rencor. Al morir quedamos definitivamente solos como dijo Bécquer, pero al *quedarnos sin los demás*, y dejar a los demás *sin nosotros*, quedamos *guardando* —mientras *aguardamos* la llamada última de los tiempos— nuestra soledad, la que hemos de rendir como resumen de cuentas.

Modos y grados de soledad.

En griego, el adjetivo *μονός*, solo, solitario, lo mismo que el adverbio, *μόνος*, solamente, o el adjetivo del mismo nombre, y el sustantivo *μονή*, algo pasado, una pausa, una habitación, derivan del sustantivo *ἡμονάς*, la unidad, como si concibieran la soledad brotando de lo físico-matemático. Todos esos vocablos se enlazan con *μενω*, permanecer, habitar. También la "solitudo" latina se vincula estrechamente con los verbos quedar y permanecer, pues es palabra venida de "solus", (solo, solitario) pero ésta a su vez se enlaza con "sollum" suelo, y "sollus" entero, sólido. Sin duda el modo primero de lo solo y escindido o separado en lo "sólido" y enterizo. Todas esas voces aluden a un estar o permanecer. Pero la "solitude" estoica tiene un acento existencial humano que no se halla en los vocablos equivalentes griegos.

Y por ser, en la base lo entero y firme, el modo primario de estar solo, en lo sólido, es el aislamiento o mejor, la insularidad, que por serlo da un primer modo de aislamiento. Del "sollus", entero, se formó "sollum", suelo y "solidus" todos ellos oriundos de "sol", lo aislado y único relativo. El antecedente está en el védico "suras", sol, y en el sánscrito "svarjas" o "surjas", siempre con la acepción primera de lo aislado, separado y sólido. De "solum", suelo, derivó "soler" o acostumar; y de "solus", solo, vino "solemnis", o "solus annus", cada año solamente. Las cosas se presentan en sus conexiones y en su colección innumerable; en su coseidad. Pero al acercarse el hombre, cada una presenta su sola y sólida unidad, aislada. O pierden nexos en su correlación espacial, o pierden continuidad en el tiempo, o las dos cosas. Para individualizarse, han de aislarse, insularizarse, cobrar un mínimo de solitud. Pero, ya se ve, esta solitud, les viene a las cosas, de modo reflejo, del hombre que pasea entre ellas su soledad y su solitud. Y a la vez, es la presencia del hombre la que da a las cosas sus relaciones y nexos nuevos, no naturales. Resulta que el hombre presenta las cosas dándoles a la vez, aislamiento y conexiones; en suma, les proyecta su dualidad. Las presenta como *unas* y como *otras*, y hace de cada "una", *otra*, y de cada *otra*, "una". Quiere saberlas en conjunto y conocerlas, por separado. Para ello se acerca a licitarlas, a *so-licitarlas*. A la respectividad, a la datividad y ofertividad de las cosas, el hombre responde *so-licitándolas*, *se-duciéndolas* y *so-liviantándolas*. Conocer cosas para los latinos era piropearlas, solicitarlas, hacerlas "novias" ("novi" es pretérito de "noscere") y fecundarlas, hacerlas ser. Que por algo se identificó siempre en todos los idiomas "amar" y "conocer", dando

a éste un sentido amoroso, y al amar un ímpetu conocitivo. Conocer cosas es hacerlas "sólitas" o frecuentes.²

Se ve por esta breve historia que el modo más arcaico de "soledad" es la "solidez", la condición de cuerpo sólido. Al solidificarse la materia apunta la primera manifestación de individuación y de "soledad", en forma de insularidad y "aislamiento". El gas, por ser expansivo, no es "sólido" ni "aislado". También el líquido se derrama y desmelen. Con la solidez, la materia toma la primera figuración unitaria. Y con los seres vivos aparecen los "individuos" propiamente dichos, no porque sean individuados por la materia, sino porque la materia es "aislada", configurada, individuada por un principio superior e interno a la materia, que es la vida. La forma bruta y primaria que es la "solidez" ha avanzado hasta hacerse "individualidad". Pero nada más todavía. Ningún animal tiene *soledad* ni *está solo*. Tienen todos *aislamiento* y *están indularizados e individualizados* enérgicamente. Y todos buscan más o menos pareja, acompañamiento o compañía, para defenderse, para acoplarse, para comer en común el pasto.

"Compañía" alude a compartir el pan y podemos por extensión del concepto aplicar la noción a los que comparten el pasto o la comida. Todo individuo busca compañía. La solidez del mineral sólo busca su individuación configurada, y se hace *com-pacto*. Lo sólido quiere ser sólo unidad. Mientras lo gaseoso es naturalmente alocado y multitudinario, lo líquido, como lo femenino, ansía recogerse, pero no sabe ni puede y queda soñando vasos y recipientes en qué tomar unidad y forma. Lo sólido es cortado, arestado y como viril. La materia no aparece claramente individuada hasta que se solidifica. Cuando llega el ser vivo, no es ya la solidez (y todo ser vivo es sólido; no hay ser vivo totalmente líquido o gaseoso) sino la insularidad, la individualidad lo que le distingue. Y la individualidad busca la compañía, la reunión (que no es *reunión* precisamente) y surge la colonia, la manada, la bandada, la horda, el rebaño. Pero la compañía, o colección, o grey, no es comunidad, porque ésta ni es reunión, ni es homogeneidad de especie, sino por lo menos, comunidad de fines y de sentido, como en la integración

² (Y "frequens" quizás deriva de "fricare", restregar. La soledad de cada hombre es insólita, no sólida o acostumbrada. Cada persona es un "as", con peso y valor propio. Entre los romanos el as como peso y como moneda era la unidad. Al heredero se le llamaba "ex-asse", poseedor de todos los bienes o heredero universal. Quizás "asinus", asno, se ha originado del griego "as-onos" ("ὄνος" = burro), por ser animal no gregario y que anda solo, lo mismo que el "μόνος", entre los griegos designaba a un animal salvaje y solitario. Y como el jabalí en francés: "sanglier"... El hombre es un "as" porque es ser solitario, que como la moneda romana lleva el rostro doble de Jano. En la soledad, como en la expresión, es uno y es otro, sin dejar de ser único o as).

organísmica. Y esta comunidad de los miembros orgánicos, ya da una unidad próxima a lo solitario. Es lo "solitario", la soliduridad por coordinación funcional, por sinergia y por sintelia.

Pero ni esa comunidad es propia y vera en los grupos animales, ni puede llamarse en propiedad "solidaridad" a la coordinación de órganos y miembros en los organismos. Esa comunidad ahí es un hecho comunal, surgido de lo común, y no de la "comunión", como es la comunidad en el espíritu. Y esa "solidaridad" de los organismos, no es asociación de órganos y células preexistentes, sino más bien la *soldadura* que exige la unidad total. La verdadera solidaridad exige individuos que se solidaricen, como la verdadera comunidad implica alguna comunión, y no unos datos o hechos comunes. Por eso la compañía humana, parte de la copresencia que es comunidad en el espíritu, y aspira a la conjugación de soledades aunque no lo logra. Sólo hay soledad en los seres capaces de comunión y de responsabilidad. El hombre no se separa ni distingue profundamente por la individualidad, como los animales, sino por la personalidad; y ésta implica soledad. He hablado de "soledad con", aludiendo al que está con otro, y no quiere estarlo y se siente solo frente a ese otro. Pero hay también una soledad compartida y acaso conjugada y única con la de otro, hasta formar quizás una sola soledad. Tal ocurre en algunos casos de pareja amorosa en casi total unidad conjugada. Surge así lo que vamos a llamar "soledad conjunta o colectiva", que es la auténtica y más rica forma de solidaridad. Y si por la soledad, el hombre se distingue, separa y acaso se opone a otros hombres, dando lugar a lo que se llama "socialidad", en la que entran impulsos de unión y desunión, de solidaridad y de insolidaridad también, hay muchos niveles y grados de "soledades colectivas". Son esas formas de solidaridad social en que se alcanzan colectividades por amor, por compasión, por consuelo, por egoísmo, y hasta por odio a terceros términos.

Solitud, soledumbre, ensoledamiento.

Hay "soledades de dos en compañía" y hay compañías soportadas por dos y más de dos personas. Y estas compañías soportadas inducen soledad dolorosa, mientras las compañías conjugadas *unifican* —hasta donde es posible en lo humano— dos o más soledades, en una sola gozosa y solitaria. Y entonces hay comunión y vera comunidad. Ahondando el hombre en su soledad, halla su comunidad, su comunión, con los hombres. Ahondando en la comunidad y en la compañía conjugada, halla su propia soledad. Hay pues dos formas de "soledad con", la que soporta compañía ajena no grata, y la

que se *solaza* con esa otra compañía en una sola y misma soledad. Hay otras formas variadas de compañía. Hay solidaridad que une dos soledades, pero por una o pocas dimensiones, sin llegar a la conjugación total.

No sólo paseamos nuestra soledad por entre las cosas y los hombres sino que también desde ella, presenciamos el paso de otras soledades, a las cuales van dirigidas emisiones radiadas desde la nuestra, quedando truncado el anhelo de una posible conjugación. Y hay compañías que, por profundamente afines a la nuestra, o por sernos próximas en el amor, pero sin llegar a la conjugación, perturban en algún modo y en algún grado nuestra soledad. Así, ante nuestros hijos y amigos íntimos, presentes y en silencio, no podemos meditar bien ni rumiar nuestro ensimismamiento solitario. Nos lo impide su presencia misma. Y sin embargo, por el amor, por el dolor, por el peligro o por el consuelo, podemos formar con ellos nuestra soledad colectiva. En cambio, entre desconocidos presentes y no en silencio, sino en fragor de voces (por ejemplo en un espectáculo, en un café), podemos meditar y adentrarnos en nuestra soledad, acaso mejor que si estuviéramos aislados y en silencio. Algo así como si de la soledad despilfarrada y no aprovechada por ellos, tejiéramos la nuestra. Y hay, en fin, una forma de soledad, en que, aun dándose el aislamiento, no evita alguna forma presencial de compañía, más bien la evoca, y de esa compañía evocada se alimenta. Es el caso del ausente porque él mismo se fue a estar solo y no se limitó a *quedar* solo. Pero no es que ahora, en la soledad, se sienta "*solo de*" aquél de quien se ausentó, sino que puebla su soledad de muchas personas ausentes y acaso no ausentes, por no ser conocidas. Tal es el caso del monje que se va a sus soledades o a su soledad para poblarse de ecos humanos, de presencias de hombres, y evocarlas y rezar por ellas. A esta forma de soledad poblada de rumores y voces y presencias le llamo "soledumbre". A la forma anterior, aquella en que nos sentimos más solos cuanto más es la muchedumbre desconocida que nos rodea, le llamo "ensoledamiento", pues el solitario se forra de multitud para blindarse o acolchonar su propia soledad. Y cuando, estando entre hombres próximos (hijos, hermanos, amigos) no podemos ahondarnos en soledad porque la presencia de ellos nos lo impide, hablaremos de "solitud", o soledad que quisiéramos que fuera compartida y conjugada, y no lo logramos. La soledumbre es la forma frecuente de soledad del veraneante, del emigrante, del que se irradió para descansar. La "solitud" y el ensoledamiento son modos de solitariedad del hombre en medio de la vida social. Al estar "*solo con*" y al estar "*solo sin*", hay que añadir esta otra forma de la "solitud" que es un estar "*solo entre*".... Es soledad sin aislamiento. Como hay muchedumbre, hay también soledumbre, o soledad con aislamiento pero con multitud de presencias evocadas. El polo

opuesto a la muchedumbre es el aislamiento. El polo opuesto a la comunidad es la soledad cuya forma más alta es la solitaria o en-simismamiento. Al que se *ensoleda*, se le llama solitario; al que se halla en soledumbre, debemos llamarle soledadinario.

Colectividad o sociedad no es comunidad o comunión. Hay comunidades étnicas, familiares, religiosas. Pero mientras la compañía, la colectividad y la muchedumbre parecen exigir un espacio común a todos los miembros, aunque haya distancias reales importantes, la verdadera comunidad, y, sobre todo, la comunión, tienen sentido inespacial y todos los que se hallan en comunión, aunque distantes entre sí, se hallan presentes y comulgan como una misma soledad, no conjugada, pero sí compartida. Es la solidaridad espiritual o vera comunidad presencial humana. Todo lo espiritual liga y coliga a los hombres entre sí. Por eso es comunión la cultura toda, y hay comunión en la historia humana de todos los hombres. Pero debemos distinguir esto: que mientras la religión, el arte, la poesía, el amor, son formas de comunión espiritual, la ciencia, la política, la guerra, el negocio no son más que manifestaciones de lo social, de las colectividades humanas y sus individuos. La socialidad no alcanza a la soledad, a la persona profunda. La comunidad como comunión afecta profundamente al hombre hasta tocar en su soledad radical. Pero debemos distinguir la solidaridad de los hombres por su origen y su solidaridad por el espíritu. Aquella debemos llamarla "comunidad"; a ésta, "comunión". La tradición, el arte, el amor, la poesía, es solidaridad comunitaria o comunión. Las asociaciones y colectividades no son comunidad, aunque sí formas solidarias de hombres. La familia es comunidad y es comunión. La Iglesia es comunión y no es comunidad. El estado ni es comunidad ni es comunión, sino forma societaria. La comunidad es un *hecho*; la comunión es un *acto*, y aún mejor, *acción* continua de militante. Lo social es una *situación*, tiene algo de *hecho* y algo de *acto*. En las sociedades, hay afiliados, asociados, compañeros, colegas. En las comunidades familiares hay padres, hermanos cofrades. En la comunión, hay unidad de comunión.

Mismidad, soledad y silencio.

Tanto en "solus", como en "sollus" y en "sollum", los filólogos hallan una radical primera y originaria: "se" o "si", que subsisten en el "se", el "ip-se" y hasta en el "sum" verbal de los latinos. Y también en el "self" inglés y el "sebs" alemán, como en variadas formas de las lenguas neolatinas. En español tenemos no sólo el "se" y el "sí mismo", sino el "ensimismamiento" y el

verbo "ensimismarse". Es que España es pueblo "solitario" y de hombres dados a las formas de vida y pensamiento solitarios. Cuando Vossler habla de la soledad en la Literatura española, ya apunta a esta idea, aunque no percibe los ricos matices de este modo de ser hombre solitario que es el español. En España hasta el hombre de acción tiende a ensimismarse. Se entrega a la acción para electrizarse en su soledad, no para huir de ella. El gesto del español, en la guerra, como en la oración, en la vida pública o en la fiesta de toros es "quedarse solo". Afirmar su personalidad, "hacerse el amo" es, para el español, "quedarse solo". En plena acción, tanto Domingo de Guzmán como Teresa de Jesús o Ignacio de Loyola se sienten solos y solitarios. Don Quijote y Segismundo son seres a solas consigo mismo, hombres ensimismados, tanto como Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Lo que profundamente captan el Greco y Zurbarán y los grandes imagineros españoles es la soledad del hombre español, la cual unas veces se presenta como soledumbre, "o soledad sonora", otras como "ensoledamiento" y muchas como "solitud". Hasta don Juan se ensimisma no pocas veces y dialoga consigo mismo. El llamado individualismo español no es más que solitaria. Y los propios conquistadores se van por esos mundos a "solear", es decir, a pasear su soledad y a sembrar nuevas áreas y zonas de soledades. La soledad española suele presentarse como "soledad sonora" y llena de sí misma en la acción; soledad *ensimismada*.

Pero el ensimismamiento no es la *mismidad* o *idem-tidad*, como un sentirse *igual* a otro, lo cual es lo más opuesto al ensimismamiento; pero tampoco es un yo doblado o reflejo sobre sí, un doble yo que se asoma a sí, sino que es el "sí mismo" en que el hombre a solas consigo se ensancha y escucha oyéndose últimos rumores marinos de lo eterno tras los oleajes de su sangre. Ensimismado, el hombre goza su soledad en silencio para los demás, aunque no esté en silencio para sí. Sintiendo a sí mismo. Claro que, como ya vio Brentano, el "sí mismo", por ser intencional, está siempre trascendiendo hacia los demás, pero yo digo que incluso "trasciende" hacia el "otro", que va en el "sí mismo", no como "otro yo", sino como el "yo" que es otro en cada uno. El "sí mismo" es "uno" mismo. Los alemanes distinguen "Ich" (Yo) y "sebs" algo así como "el Yo", Un Yo, cualquier yo aunque no sea el mío, un Yo abstracto e impersonal que vale para todos; es un "sí mismo". Y todo él es un "se" o "sí" en tercera y desconocida persona. Pero en español tenemos una expresión inversa "*Uno quisiera*"... en que ese "uno" que se presenta como lejano y hasta impersonal, es precisamente yo, y no un yo cualquiera, sino "yo mismo" desde *mí* yo. Ensimismarse ahora es "enyoizarse", no ponerse un Yo como un vestido, sino meterse en el yo único que es *cada uno*.

Y ese ensimismamiento, esa soledad, no son precisamente, y en sentido metafísico, silenciosos. El ensimismamiento es diálogo consigo mismo, como en la soledad es evocación y diálogo con el ausente o el que queda lejos, y como en la soledumbre es multiplicación de voces y ecos. En la máxima forma, en la verdadera soledad, en el ensimismamiento, hay silencio físico, pero no hay silencio metafísico, pues el ensimismado habla con su mejor voz y su palabra más honda y limpia. Por ser el hombre el único animal que habla, es también el único que calla, el único que urde silencios expresivos, el que emite silencios intencionales. Y también es el hombre el único animal que entiende sonidos y palabras, pero también entiende silencios... Por eso, puede el hombre hablar en su soledad ensimismada, y no por eso deja de hablar en silencio. El andaluz en su soledad ensimismada, canta, y canta su soledad, canta por "soleares", pero canta en silencio, para sí mismo, como el orante apesadumbrado, en su soledad gime, y el místico en la suya, ante Dios, habla... Pero todo gemido, todo cante, todo diálogo en la soledad, es *silencioso* para los demás. Su palabra es silencio, sólo lo oye y entiende el propio solitario. Podemos los demás, oír, cantar, gemir y hablar al solitario, pero es ruido de espuma lo que oímos. La voz del solitario la oye él solo. La soledad de la madre o de la novia, por ejemplo, no la entiende el varón ni la oye en su levisimo manantío. En cambio la mujer no entiende la soledad y el silencio del filósofo y el guerrero, y sólo alcanza a compartílos por el amor, llegando a esa soledad desde la otra ribera humana. La soledad es silencio para los demás.

Pero salimos a veces de las soledades de nuestros pensamientos, un poco sucios y aturridos de voces y palabras. La soledad como el silencio son *profundos* y no *extensos* ni *altos*. Para llegar al fondo de la soledad hay que usar una escala de silencios exteriores. El ensoledado en medio de la multitud suprime la multitud. La soledad es profunda como el aislamiento es vertical. El aislado logra un silencio exterior a fuerza de distancias; el solitario a fuerza de profundidad. Y llegamos hasta algodonar a las cosas con silencio nuestro. Hay un silencio estremecedor en la selva a pesar de sus ruidos y sus rumores. En el desierto, en cambio, en que el silencio es físico y real, lo sentimos sonoro, porque es sonora nuestra soledad, que, como dice San Juan de la Cruz "es lo mismo que música callada". El hombre pone una inmensa gama y escala de silencios en las cosas, hasta parecer que les pone su propia soledad. Ponemos un silencio en la contemplación de una obra de arte, y un "silencio religioso" en la oración, que no son el mismo silencio que el del desierto o de la noche estrellada, o el silencio de la casa abandonada, o el del árbol dormido, o del ave que acaba de cantar... Pero es que tampoco es el mismo silencio el del criminal que acecha, el del monje que ora, el

de la madre que contempla arrobada y el del poeta que está concibiendo la obra futura. Tampoco es igual el silencio del varón que el de la mujer.

Y es que hay un "sí mismo" varonil y un "sí mismo" feminal, correspondiendo a dos formas profundas y decisivas de experimentar la soledad. La "solitud" es profundamente vivida por la mujer de buena feminidad. Ansía ella que su soledad existencial, una soledad genuina propia de su "lateralidad" metafísica, de su condición de costado de flaco de otro, sea compartida, más aún, sea absorbida en la soledad del varón que la existencializa y al que llega sorbida en amor. También hay en la buena feminidad una soledumbre no conocida de varones: esa soledad de la mujer, novia enamorada, que aún no es madre, y siente sin embargo, las cuevas de su corazón resonante de voces de hijos que aún no han nacido ni siquiera ha concebido. A esta "soledumbre" genuinamente femenina, se aproxima intencionalmente otra "soledumbre": la del poeta, la del artista, que en sus silencios guarda a muchas voces de criaturas de arte no nacidas, y que acaso nunca nacerán.

La soledad de la mujer "soltera" (es decir, "sola" o "solitaria") no es la misma que la del varón "soltero", pues el varón, aun casado, aun unido en amor, aun reunido en compañías, siempre experimenta una soledad que es la forma radical de su yo, y que suena a "unicidad". La soledad feminal es "soledad *de*" varón; la soledad del varón es "soledad *sin*" mujer. Todo esto más allá del hecho, ya no discutido por nadie, de que en cada ejemplar humano hay ingredientes de diverso grado y nivel, así varoniles como femenales. La mujer ha de salir y *ansía salir* de su soledad hacia el varón y por el varón alcanzar, sin conjugar, la otra soledad de su hijo. El varón ha de hacer entrar, *ansía hacer entrar* en su soledad, otra soledad de mujer que le complete. La mujer halla su autenticidad, su "sí mismo" en otro: en el varón, en el padre, en el hermano, en el hijo, sobre todo. El varón halla su autenticidad, su "sí mismo" en su propia conciencia existencial, en la que sin embargo, oye la llamada o petición de otra soledad de mujer que venga a enriquecer la suya. Los varones que más atraen a la mujer son los solitarios, los señoriales y autosuficientes, precisamente porque su propia soledad de mujer le trae *desolación* y congoja metafísicas. En cambio, las mujeres que atraen más al varón solitario y enérgico en su verticalidad, son las recatadas, las hilanderas de su propia soledumbre, las que sueñan en su distancia muchedumbre de voces y hambre de conjugar soledades en donaciones últimas al varón. Pero como la compasión no da ni quita profundamente soledad, nadie, ni varón ni mujer, quieren sustituir el amor por la compasión. La compasión es algo externo y nada decisivo y hondo. No nos molesta ser compadecidos en alguna situación de hecho, pero nadie quiere ser compadecido por lo que él, en su profunda soledad, es. El amor de varón a mujer

y viceversa no es mera solidaridad o compañía o asociación, sino conjugación de soledades últimas, hasta donde pueden lograrlo con su amor. Pero en ese afán de conjugaciones esenciales, el varón sorbe y la mujer anhela ser sorbida en otra soledad existencial: Notemos que en la física del amor, el sorbido es el varón y la absorbente la mujer.

Me importa mucho decir aquí que, en relación con una metafísica de la soledad (y aparte de una metafísica de la maternidad que intentaré en otra parte lejana) lo más decisivo para la mujer no es el hijo, sino el varón que la enamora. La soledad existencial del hijo nunca será catada ni compartida (mucho menos conjugada) por la madre, sino por otra mujer que llegará vestida de novia. La madre con su ternura y sus cuidados nunca llegará al centro personal del hijo, allí donde arde perenne y votivamente la lámpara de la soledad existencial del hijo. Por su parte, la soledad profunda de la madre sólo ha sido o podido ser compartida y aun conjugada por el varón que la hizo madre en amor. A la soledad del varón llega la mujer para liberarse de la suya, que experimentaba como honda congoja porque no le daba el "sí mismo" que ella buscaba. Ese "sí mismo" sólo puede encontrarlo en el varón. No olvidemos que la mujer existencialmente, es un "ser-en-otro" y un "ser-para-otro"; el varón es propiamente, si lo es con autenticidad, un ser en sí mismo. El "autós" del varón, su autenticidad está en sí; el "autós" de la mujer, su autenticidad, es buscada en otro.

Soledades colectivas y soledades complejas.

Llamamos solas a las cosas cuando están aisladas entre sí o faltas de la atención y de la solicitud humana. En el primer caso se *quedan sin* nexos o relaciones. En el segundo se *quedan sin* el cuidado y la atención del hombre. Pero en ninguno de los dos casos puede hablarse de soledad. Las cosas son incapaces de soledad. Y los animales también son cosas. Sólo el hombre experimenta la soledad pegada a la raíz y al tallo de su existir. La soledad es toma de conciencia de sí, un quedarse consigo a solas. Una soledad no advertida por el solitario no es soledad propiamente dicha. La soledad empieza en la toma de conciencia de sí mismo. Y para eso hay que tener "sí mismo" que es lo que no tienen las cosas. Y como las cosas no tienen soledad, tampoco la dan... A veces nos ocurre que a la vista de determinados objetos (muebles, juguetes, recuerdos) nos sentimos *más solos*. Pero no son las cosas las que nos inyectan soledad, sino las que subrayan la ausencia de alguien, y *de* ese alguien, sí, *estamos solos*. Nunca puede el hombre estar solo *de cosas*, pero sí solo *entre* cosas y a la vista de ellas. La

"soledad sin" como "soledad de" es siempre soledad de alguien, de persona y no de cosa. Los japoneses designan a la "soledad de", a la soledad melancólica, con el vocablo "Jaku", pero ese término vale también para el que se va, y para el que está lejos poblándose el alma de las ausencias en la soledumbre. Lo que no significa nunca esa palabra es "soledad de" cosas u objetos. Ortega que nos ha dicho muchas veces que la vida "es esencialmente soledad, radical soledad" nos dice también que el hombre es solitario en medio de los hombres y de las cosas: "Está solo *con* ellas, y como entre esas cosas están los otros seres humanos, está solo *con* ellos". Y añade poco después: "desde ese fondo de soledad radical que es sin remedio nuestra vida, emergemos constantemente en un ansia no menos radical de compañía". Dice también, según hemos visto más arriba, que soledad es "quedarse solo de". Pero si es también afán de compañía, ¿de qué o de quién se queda solo el hombre?

Se queda solo *de, con* y *entre* hombres. Su texto último es soledad. Y solamente hay soledad de hombres. Tampoco hay soledad en Dios, pues su Unicidad no es soledad. Ni hay en el hombre *soledad de* Dios, salvo cuando el hombre se pierde de sí. El hombre está solo de hombres, pero no solo *de Dios*. Más bien está inundado de Él y mirado, observado, asistido de Dios. Quien más solo se siente, *de, con* y *entre* hombres más presente tiene a Dios, y más presente y solo está ante Dios... la soledad da el peso metafísico del hombre. Por ella el hombre toma su gravitación hacia arriba; por ella flota, levita sobre sí mismo, y asciende hacia Dios. En ella toma conciencia de sí y de su libertad, porque en ella se siente liberado, cuando es soledad en-simismada y buscada. Y ese quedarse "solo con", no quiere decir en una compañía molesta que se abjura y rehuye para quedarse solo o ansiar estarlo, sino un estar en compañía de otros, y a ellos ligado con vínculos de solidaridad, y experimentar la "soledad colectiva", que es a la vez, un sentirse solo *con* los demás (en otra acepción que la anterior), y un sentir esa colectividad solidaria estar "sola *de*" otras soledades colectivas o no. No es lo mismo la soledad colectiva de la pareja amorosa, o de la soledad de una familia que ha buscado gozosamente la ocasión de quedar colectivamente sola, o la soledad de la comunidad de monjes, que además de aislada del resto de los hombres, viven una soledad comunitaria, que la familia que se queda sola del padre, en orfandad que acentúa dolorosamente la soledad. Del mismo modo se da la "soledad colectiva" de un pueblo que pierde al Jefe o conductor, el que le daba quizás la unidad de comunión, por la secuacidad y la admiración colectiva. La comunidad religiosa aludida está "sola de". Pero esta otra colectividad huérfana, debiéramos decir que está "sola sin", para dar el acento debido a la forma de soledad experimentada. El que se

va lejos de aquél a quien ama y le conjuga acaso, no se *queda* solo, sino que *se va* a estar solo, y a estar "solo de" aquel de quien se aleja; por ejemplo, el emigrante. Pero el que se queda, experimenta no la "soledad de" sino la "soledad sin" del que se va, una manquedad, una carencia, una orfandad que no se da en el otro.

Hay, pues, *soledades* y no nada más *soledad* en el hombre. Cada uno posee diverso modo de soledad, y además, tiene muchas soledades, aunque sea única su soledad radical. La letrilla de Góngora "A mis soledades voy, de mis soledades vengo", es certera. Hay en cada hombre campos y regiones solitarios, zonas y modos diversos de soledad. La madre que queda viuda con niños pequeños, no sólo experimenta la soledad colectiva y apretada y solitaria con todos los huérfanos, sino también, a la vez, la otra soledad para ella sola, la "soledad de" o la "soledad sin" respecto de su marido. Se siente con la doble soledad de huérfana y de viuda, y además experimenta la soledad solitaria y colectiva con todos sus hijos. Del mismo modo, la mujer que contrae nupcias con un varón a quien no ama, se siente sola *de* aquel que la enamora, y sola *con* aquel a quien detesta. Un monje puede sentir la soledad colectiva de toda su comunidad, y, a la vez, la "soledad de" su madre lejana y también la soledumbre o soledad poblada de ecos de muchos hombres por quienes está orando. Haya, pues, no solamente *soledad*, sino también "soledades", formas múltiples de soledad y formas de soledad múltiple o compleja.

He dicho que no hay, propiamente hablando, soledad *de*, cosas aunque sí hay soledad entre cosas y *con* ellas, pero hay formas de soledad compleja en que se suele admitir el error de que estamos solos *de* cosas u objetos que nos faltan; por ejemplo, en la nostalgia de la tierra o el paisaje lejanos ("saudade" galaica y "soidade" lusitana) o el recuerdo melancólico de hechos pasados de nuestra vida. Pero entiendo que en esos casos no se siente soledad *de* o *por* las cosas, sino la separación de las costumbres, del habla y de los hombres coterráneos. Del mismo modo, la melancolía del pasado que se fue, y cuyas cosas y acontecimientos recordamos, contiene más soledad de personas y soledad de la propia persona que antes fuimos con acento y timbre que ya no tenemos. En la nostalgia y en la "saudade" suena la "soledad *de*" otro; en la melancolía evocadora, la "soledad de" quien fuimos y ya no somos con la misma intensidad. En la soledad honda del hombre andaluz (de que la "soleá" como copla es la espuma y la expresión popular) no hay "saudade", no hay nostalgia de la tierra lejana, sino que hay soledad evocadora y melancólica, muy teñida de "desengaños" estoicos del mundo; y hasta otra soledad más profunda que hemos de llamar "soledad de" Dios... He dicho más arriba que no hay en el hombre vera "soledad *de*"

Dios, pues toda persona individual, en lo hondo de sí, tiene, quiera o no, presente a Dios, se siente en presencia de Él. Pero así como se habla de una *de-solación* que, significando en verdad esa pérdida del suelo o el paisaje, la experimenta el hombre como soledad moral y metafísica; y así como la "saudade" parece pérdida del paisaje, experiencia de un arrancamiento como vegetal, cuando es más bien desgarramiento de la compañía de otros hombres, así también puede hablarse de una "soledad de" Dios, aun siendo en verdad soledad frente a otros hombres, y componiéndose de desolación moral (desasimiento del estoico) y de soledad consigo mismo.

El andaluz se siente, distinto y vertical frente al paisaje en que se forma; no se siente sumido en él botánicamente como el galaico. Por eso, el andaluz lejos de su tierra, no es nostálgico de ella, y más parece que todo el estilo del ser de Andalucía va con él y no le queda lejos. El galaico-lusitano siente una mutilación o manquedad, lejos de su paisaje. El andaluz no, porque el paisaje, la geografía, es él. Y al revés; el paisaje físico de Andalucía no tiene "carácter", ni estilo sin el hombre andaluz; el paisaje galaico-lusitano tiene personalidad" —valga la expresión— sin sus habitantes. No tiene, digo, el andaluz nostalgia de tierra, pero tiene una profunda melancolía dolorida y lírica de su propio pasado que continuamente evoca. Y tiene una rica "melancolía de rey destronado", una profunda e inefable nostalgia de lo divino que le hace sentir eso que llamamos ahora "soledad de" Dios. No es, claro, que le falte la presencia de Dios, sino que "echa de menos" no tenerle más consigo. Las tendencias místicas del solitario andaluz es un ansia de quedarse a solas con Él. Su máxima aspiración es "hablar a Dios de Tú", es decir, dialogar a solas con Él, como un gran amigo, el andaluz huye ascéticamente de las cosas para quedarse con Dios. De ahí, su sobriedad y su frugalidad. Como es profundamente dual, su sensualismo le arrastra no pocas veces, y luego le carga de culpas que aumentan su ascetismo. Entre el ascetismo y la sensualidad, el alma andaluza labra su soledad. De ahí también el habitual saludo andaluz: "*Quedarse con Dios*", "*Vaya usted con Dios*". Sin duda porque sentirse sin su presencia es forma trágica de vida en Andalucía. En todo místico se busca una "soledad con" Dios. Es el "¿qué quieres que haga, Señor?", de San Pablo en Damasco. Un gran amigo mío andaluz, de gran reciedumbre ascética, me ha contado que se sintió curado de su enfermedad cuando un día dijo en su oración: "Pero ¿qué va a jase conmigo, Señor? ¿Vas a consentir que me muera tan pronto?" El andaluz tiene soledad ontológica existencial de ensimismado, porque está lleno de la soledad de sí. Por eso, canta melancólico, pero con gozo lírico de treno, sus "soleares". No necesita mucho de los otros hombres porque vive un poco absorto en sí mismo, absorbido en la escucha de sus voces más remotas. Está

siempre lejos de los otros; al mismo "compadre" le trata de "usted", para afirmar la propia distancia. Por eso el andaluz tiene fama de ser individualista, rebelde y gran creador de obras de arte, todo sobre un fondo estoico, sapiente y sentencioso de "desengañado" que le hace propender a la oración y a la penitencia. Los votos penitenciales se ofrecen y cumplen en el secreto más riguroso.

El alma andaluza vive cargada de secretos, pero no secretos banales, sino trascendentales; de monje. La gesticulación y la exterioridad, más que denunciar, guardan y recatan muchas veces un rico mundo interior insospechado. De ahí la frecuente y sorpresiva discordancia de que aquel a quien teníamos por festivo y abierto a todos, un día se suicida, o se mete en un convento, o se pasa en el campo largas vacaciones paladeando su soledad y sus soledades. Una procesión de Semana Santa es una inmensa multitud de solitarios. Es una muchedumbre que se anula y rinde sobrecogida ante una voz anónima y solitaria que canta su soledad dolorida en una "saeta". En la misma copla cantada, el "cantaor" no dice su secreto, sino que lo alude a él. La "soleá" es la gran metáfora de una soledad. De ahí el sentido casi enigmático de algunas coplas. En ella, más que manifestarse se esconde golosamente un mundo de secretos personales. Los que escuchan, en comunión lírica de solitarios, no hallan alusiones a la soledad del cantador, sino la voz de la suya propia. No es, pues, soledad compartida o soledad colectiva de un grupo. El andaluz se "ensoleda" en medio de la multitud, y de sus aislamientos, hace "soledumbre"

*A todos nos han cantado
en una noche de juerga
cosas que nos han pasado*

ha dicho Manuel Machado.

Grandes poetas de soledad y de "soledades" son: Góngora, Bécquer, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Y también lo fue Manuel de Falla. Si comparamos el sentimiento de soledad en ellos y en Quevedo o Fray Luis, hallaremos que la de estos últimos es... más civil y ocasional o circunstancial, menos honda, auténtica y ontológica que la de aquéllos. Juan Ramón Jiménez, que expresó muchas veces su dualidad profunda, aludiendo al "otro" que le acompañaba, fue un finísimo jardinero de su propia soledad. Bécquer se estremecía considerando la última soledad de los muertos. Y Antonio Machado dejó dicho esto:

*Dialogo con el hombre que va siempre conmigo.
Quien habla solo, espera hablar con Dios un día.*

Pero en la saudade el hombre galaico experimenta otro sentimiento de soledad, su ensimismamiento no es total; se ensimisma con los otros, cantando en un orfeón o entregándose con ellos al gozo del desleimiento multitudinario. Necesitan todos por lo menos la presencia del paisaje o su tremenda nostalgia de él. Lejos de la tierra, los galaicos sienten la intemperie que les hace arracimarse en "lar" o en colonia. Pero esto nos indica que no es vera "soledumbre", pues no les basta sentirse aislados para poblarse de los demás hombres, sino que precisan unirse físicamente a ellos. Ni soledumbre, ni ontológico ensimismamiento, sino una soledad colectiva y pánida, solidaria del paisaje y solidaria de otros hombres. La soledad del alma gallega está resonada y llena de vientos forestales y númenes telúricos, pero también de la música del habla nativa, del rumor de sus tradiciones, de sus canciones y de los hombres gallegos. Los andaluces en Andalucía parecen un archipiélago de solitarios. Los gallegos lejos de Galicia, una multitud en soledad colectiva.

Aburrimiento y soledad.

Una forma de soledad compleja es el aburrimiento. Ningún buen solitario se aburre nunca, pues el aburrimiento no es fruto de soledad, sino falta del gusto de la soledad. El hombre galaico experimenta su "saudade" y su "morriña" cuando está lejos de su país. Pero eso no es aburrimiento, pues las nostalgias duelen, pero no aburren. El gallego teme a esa soledad de distancia geográfica que puede llegar a matarle, a hacerle morir, pero nadie se muere de aburrimiento; porque el aburrimiento no mata, hay quien *se mata* por aburrimiento. La morriña, la nostalgia del gallego es tristeza existencial por *de-solución*, por pérdida del suelo materno. El desolado necesita *con-solución*, y por eso el gallego se arrima a otros hombres a que le den el perfume consolador de la patria lejana, que es más bien una "materia"... Pero el solitario andaluz cultiva su soledad, la canta, la llora y la mima. Y como otros hombres "acarician" sus ilusiones, o "abrigan" sus esperanzas, el andaluz "abriga" y "acaricia" su soledad. Pero no hay en él *de-soluciones*, pérdida del suelo o del paisaje, pues el paisaje lo lleva dentro, y no es geográfico, sino humano y personalísimo. En su indescifrable soledad ontológica no espera otro consuelo que el del ensimismamiento, el de la propia soledad como compañía. Pero por eso no hay aburrimiento profundo en el andaluz.

En el aburrimiento profundo, en el vacío existencial, no hay enérgico anhelo

de consolación, ni hambre de ensimismarse y engolosinarse, ni afán profundo de divertirse, porque no hay ganas hondas de nada, ni ímpetu existencial bastante para desearlo. El aburrido profundo no desea compañía ni anhela diversión, ni se recrea en su soledad. Ni siquiera echa de menos a Dios. Pero el solitario está hambriento de la compañía de Dios. Y en esa acepción *está solo de Dios* porque necesita más su presencia. Y hallándose a solas consigo, busca a Dios, encuentra a Dios y habla con Dios. El aburrido existencial profundo, está solo de sí mismo, no cuenta con su propia soledad ni compañía que da la soledad al solitario ensimismado. Ni puede ensimismarse ni es capaz de sentir interés por las cosas que le rodean; aun estando entre ellas, se siente desasido, faltante, lejos de ellas. Se siente solo de sí, solo de los hombres, solo de Dios y solo entre las cosas que le rodean y cansan. Ni puede rezar, ni ansía estar con Dios. Estar aburrido no es *estar solo*, sino, al revés, *sin soledad* ensimismada, hallarse sin "sí mismo", o mejor dicho no *hallar-se*, no *encontrar-se*. Su antípoda es el ensimismamiento en que el hombre golo-sinea su soledad, su "sí mismo" y su propia compañía.

Tampoco el aburrido experimenta nostalgia de ningún paisaje, ni melancolía de ningún pasado, porque hasta del propio pasado se ha desentendido. Ya decía Kierkegaard que el aburrimiento es incompatible con el recordar, y en ello acertaba. Pero no acierta cuando también dice que el aburrimiento es incompatible con la desesperación, como no imaginemos la desesperación nada más fiel como un conjunto de gestos abigarrados, espectaculares y a muy alta tensión, pero la verdadera desesperación es oscura y silenciosa y se trama de los hilos del aburrimiento. Hay una verdadera desesperación mansa (lo que debemos llamar "desesperanza") que es característica del aburrido, pues éste nada espera, ni anhela, ni quiere, y eso es sin duda *des-esperar*, o al menos *in-esperar*. Y existir sin esperanza es de hecho casi inexistir. El aburrido como el desesperado es un "dejado de la mano de Dios". Llega a matarse sin deseos enérgicos de morir, ni fuerzas bastantes para matarse; simplemente se dejaría morir. No halla en sí mismo una soledad que matar. Flota existencialmente porque no tiene fuerzas para hacer. Ya hablaré del aburrimiento en función del "hacer" en un libro a ello destinado.

Soledad del poeta.

El poeta de raza es hombre de máxima autenticidad. Y pongo entre los poetas, al artista extraordinario, al fundador de religiones, al conductor de pueblos y al colonizador de genio. El poeta para poetizar, para fundar o crear, necesita echar mano de su recia humanidad, de su rica hombría, enri-

quecido del contacto con los demás hombres. Necesita de ellos para inducirse o inspirarse y electrizar su ímpetu. El poeta sueña a los hombres, los barrunta por detrás del corazón, los mira y ve desde abajo, desde la universalidad de las raíces en comunidad, les cala catódicamente el complejo arborismo interior, les sorbe el corazón, el ser, el saber, el sufrir, el anhelar y les extrae la sangre con que elabora la suya de poeta.

Y sin embargo, el poeta está solo, infinitamente solo, y necesita para ser quien es, una inmensa y desértica soledad, una soledad universal, en comunión con los hombres todos, de los que se ensoleda cuando está entre ellos, y más está entre ellos cuanto más se aísla, pues se reviene de ensoledamiento entre la multitud, y de soledumbre en el aislamiento. No es hombre superior porque sea un sobre-hombre sino porque es total hombre a solas, y en la soledumbre como en el ensoledamiento habla la voz de muchos, y habla su voz con más autenticidad de la que esos hombres mismos representados por el poeta, sabrían lograr. Por eso es "original" porque origina, porque comporta la universalidad de los orígenes humanos, trayéndolos a *nueva actualidad viva*. Su originalidad de solitario es de hombre muchedumbrizado.

Autenticidad y sinceridad.

La soledad ensimismada es ya una *actitud*, una disposición para la acción. La actitud en el hombre auténtico es ya, a la vez, acto y posibilidad, poder o potencia. . . . Porque el hombre no sólo inventa sus actos, sino también sus posibilidades y potencias, a partir del contingente o caudal, de la aptitud y las aptitudes, que Dios ha dado a cada uno. No todos tenemos las mismas aptitudes, y por ello, no todos podemos fundar en nuestro existir las mismas posibilidades. Para encontrar en nosotros las aptitudes personales hay que esforzarse en la autenticación, pues la autenticidad es la búsqueda y rastreo de aquellas aptitudes, y su hallazgo nos dará la medida de nuestras posibilidades. La acción auténtica y existencial en el hombre, origina sus actos y sus potencias. Oyendo nuestra vocación existencial, iniciamos nuestra autenticidad con el rastreo de nuestras aptitudes. La *actitud* primera es la de ensimismarnos para encontrar nuestras *aptitudes* radicales.

Y una forma primaria de la autenticidad, de la soledad ensimismada, es la "sinceridad", voz que quiere significar pureza en el decir o pensar, pues se formó en latín de los vocablos griegos *σύν* y *γρῦω*, decir o anunciar. Es sincero el que autentifica su soledad, al que se ensimisma reuniendo su "uno" y su "otro" en el "sí mismo" auténtico. Sincerarse es purificarse, depurarse, trabajar en el propio desbroce hasta llegar más allá de la costra que depo-

sita en nosotros lo social y lo inauténtico. En el fondo de la sinceridad, está la libertad creadora de sí mismo, la acción fundadora en que nos liberamos o hacemos libres. Pero está la *libertad*, no la *espontaneidad* irresponsable. Nadie confunda la sinceridad metafísica con esa forma de la espontaneidad social que llamamos "la franqueza", aunque es aquella sinceridad la que nos abre o *franquea*, venciendo obstáculos, para buscar a los otros y ponernos en comunicación con ellos, después de haber carboneado, tomado combustible existencial, en la primera comunidad con ellos, de la que hilamos nuestra soledad. La sinceridad ontológica y solitaria está más allá de vocablos, mostrencos, fórmulas de convivencia, impulsos y pasiones. En ella suena la libertad. Pero la sinceridad no origina la libertad, sino que sólo el que hace briosos esfuerzos liberadores, se pone en actitud de ser sincero. Y sólo con sinceridad auténtica podemos ser originales, tenemos que serlo, porque abrevamos entonces en la más auténtica singularidad nuestra.

Pero es difícil ser sinceros. Sólo lo son los rigurosamente auténticos, los capaces de ensoledarse y ensimismarse, bajando hasta las fuentes de sí mismo. Metafísicamente sincero no lo es cualquiera; hace falta, para ello, mucho denuedo y rigor en el reconocimiento de sí. Y reconocerse no es irse, abrirse y franquearse, sino encerrarse en intimidad, a solas, ensimismarse y entonces, palpase e inspeccionarse, *reconocerse*, hasta oírse los últimos mantíos de la soledad. La sinceridad es el instrumento y el camino; la libertad como autenticidad, la meta. Las "franquezas" sociales suelen ser, no sólo falta de sinceridad, sino carencia de autodomínio, de autocrítica y de capacidad y de aptitudes libertadoras de sí mismo. El hombre espontáneo de muchas "franquezas" es víctima e instrumento de esas mismas franquezas, y por lo tanto no es libre. La verdadera sinceridad nos abre a franquezas, pero para nosotros mismos, cerrándonos el paso a franquezas para con los demás, para quienes más bien nos sentimos llenos de respeto, porque contamos de antemano con su aptitud para obtener la libertad suya.

El denuedo del varón, su "arrojo" espontáneo, su tendencia centrífuga, le lleva muchas *franquezas*. Su virtud social es la franqueza, la apertura espontánea ante el mundo. Pero sólo es auténtico el varón que reúne en unidad su dualidad profunda; y entonces, la franqueza se hace sinceridad, unidad de su dualidad, partiendo de esa dualidad, pues la vera sinceridad es un decir profundo, un diálogo consigo mismo. Sólo quien habla consigo y a solas, puede llamarse y ser sincero. Pero por eso mismo, la mujer, que es un *ser en otro y para otro*, ser humano que halla su "sí mismo" fuera de ella, en el varón, no es sincera hasta que halla la unidad amorosa de la pareja. La mujer sólo es sincera cuando habla el lenguaje del amor. Allí se purifica y allí encuentra su habla más profunda.

REVALORIZACIÓN DE LA FILOSOFÍA Y JURISPRUDENCIA AMENAZADAS DE DESQUICIAMIENTO EN SUS CONCEPTOS BÁSICOS

Dr. IVO HÖLLHUBER
Salzburg (Austria)

EMPAPÁNDONOS EN LOS QUEHACERES más urgentes de la filosofía y jurisprudencia actual y dándonos cuenta del importantísimo papel de cada una de estas disciplinas en el umbral de esta era atómica (que siguió a la llamada época moderna, hace ya algunos lustros en el siglo veinte), corremos el riesgo de caer en el prejuicio de la "inutilidad" a secas de la filosofía y del gratuito "pragmatismo" de la jurisprudencia.

El hombre moderno, que mide todo por su utilidad y que ha perdido la conciencia de su fin, ha desviado su vida, anonadándola ontológicamente. El hombre moderno nunca ha tenido la menor duda del fundamento equivoco de los "fideísmos y científicos", que proceden inmediatamente de los matices multicolores del immanentismo, del materialismo, del historicismo, del pragmatismo o del relativismo; y nunca ha latido en el fondo de todas sus actitudes una impresión más engañosa y al mismo tiempo más gratuita de que la ciencia moderna ha derogado la validez de los conceptos básicos de la filosofía y jurisprudencia clásicas, a saber, entre otros, los de causalidad, realidad, libertad, justicia, dominio, etc.

I

Huelga repetir la propaganda pseudo-científica sobre la supuesta puñalada que la moderna física cuántica ha asestado a la *causalidad*, que la ciencia